

“Maltrato al anciano: mito o realidad”

Estas columnas de Gerokomos se han instalado en la vida de su autor con semejante calado al que obran los sueños. Representación de sucesos en la fantasía de uno de difícil control sobre contenidos y hechura que algunos intentan explicar por su asociación con procesos cercanos, reales y cotidianos, pero cuya jerarquía y orden no es, en muchos casos, aparentemente racional. Las reflexiones que dan vida a estas líneas brotan como ellos, quizá dirigidos por la espontaneidad y frescura de la actualidad, otras veces se fijan y forjan sobre problemas menos comunes, con menos peso en la escala de valores que algunos pueden calibrar como necesarios para abrir un nuevo número de nuestra revista.

Hoy puede tratarse de una de esas ocasiones, donde como en un sueño, desbocado, he visto presentarse el tema del maltrato al anciano y sin duda, no he querido convertirlo en silenciosa reflexión personal, sino, como es habitual, con mayor o menor acierto, compartirlo con todos los lectores.

Considerar la existencia de maltrato a los más mayores, en nuestro entorno, nos inclinaría a situarlos en contextos marginales de una sociedad moderna, la cual ha cultivado el respeto a los demás, y parece obligatorio, al cierre de este segundo milenio, el haber vencido la batalla al salvajismo, a la crueldad, al sometimiento de los más débiles. Pero, mi subconsciente me vence nuevamente contaminado por las tropelías que recogen a diario los medios de comunicación contra mujeres y niños y más de tarde en tarde, teniendo también al anciano como protagonista de esos malos tratos. Realmente ¿el maltrato al anciano es, afortunadamente, infrecuente y marginal?, o tal vez, lo que trasciende será, ¿sólo la punta de un iceberg, ahogado por la incapacidad para emitir voces audibles, descolgar un teléfono de auxilio, o salir huyendo? ¿Serán muchos mayores prisioneros callados bajo la opresión de fieros y camaleónicos guardianes en su condición de respetados y abnegados familiares, ciudadanos admirables, o profesionales vocacionales, trabajadores del cuidado en centros asistenciales o en el propio domicilio? ¿Acaso todos, pueden obrar según el público que los presencia? ¿Y cuando nadie los ve?

Alguien, puede creer que realmente estos interrogantes no están ciertamente controlados por la razón, al dejarse deslizar por un panorama hipotéticamente dramático, oscuro y alarmista. Voy a tratar de dulcificar la situación, una vez, espero, abiertos los sentidos con el planteamiento de repulsa inicial. Voluntariamente ha obviado presentar la definición de maltrato que da nuestra máxima autoridad lingüística y enfrentarla a lo que quizá a diario la mayoría entendemos por tal, concepto que como en otros muchos casos, hemos reservado sólo a las formas de consecuencias más llamativas, graves o espectaculares, pero no necesariamente más crueles.

Cuando ahora vuelvan a preguntarse, si en ese espectro de maltratados, no se hallan muchos de nuestros ancianos, y sobre todo, como siempre, más, los más inválidos, más, los más dependientes, puedan disculpar el desacierto de mi elección.

Maltrato hace referencia a "tratar mal de palabra u obra; a menoscar o echar a perder —por tanto— a causar mengua o descrédito en la honra o en la fama, a deteriorar o deslustrar una cosa quitándole parte de la estimación o lucimiento que antes tenía..."

Con ese marco de referencia, ¿cuántos ancianos son maltratados a diario?

Maltratar no es sólo golpear, vejar,... maltratar es también robar la estima, menospreciar, subyugar, desoír, desatender, arrinconar, impersonalizar, suplantar...

Sólo unas pocas líneas para abrir un nuevo frente de combate: descubrir y denunciar todas estas formas "menores" de maltrato cotidiano.

¿No será tiempo de poner en marcha la figura institucional del Defensor del mayor que preste oídos a todas las situaciones de maltrato e indefensión en sus distintas formas e intensidades, arbitrando sistemas de acceso directo del anciano?

Contribuyamos desde el mundo profesional, desde la Enfermería Gerontológica, a desarrollar una conciencia que neutralice la tentación de lastimar a los mayores más indefensos. No acudamos impávidos, a escenas de verdadero y crudo maltrato, por palabra, obra u omisión, elaborado con las armas más infalibles y mortíferas, la desidia, el desprecio, el silencio, la humillación, el abandono. No podemos seguir siendo cómplices acallando o consolando el sufrimiento diario de nuestros mayores. La propia sociedad debe armarse para combatir formas vejatorias de atención sin réplica. Muchos de esos ancianos nunca tendrán oportunidad de revelar el trato recibido de los más cercanos. La falta de energía y de tiempo se lo impedirá. Necesitan de alguien que pueda ser su voz.

Pido disculpas a los lectores, por si estas reflexiones están fuera de lugar por no corresponderse con nuestra realidad. Me sentiré dichoso de haber dedicado este controvertido editorial a un problema mítico, desfigurando el presente y dando más valor que el debido a un problema casi inexistente.

J. Javier Soldevilla Agreda
Presidente SEEGG